

# "En Flandes se ha puesto el sol"

## El nuevo éxito de la compañía Villagómez

Con una sala llena, maciza de concurrencia, se representó anoche en el teatro de la calle Buenos Aires la afortunada obra de Eduardo Marquina, "En Flandes se ha puesto el sol". El interés que despertó su estreno en el Urquiza, en la última temporada de la Guerrero y Díaz de Mendoza, no se ha extinguido todavía. Lo que prueba dos cosas: ó un amor desmedido de nuestro público hacia todo lo heróico, — llámese D. Diego Acuña de Carvajal ó Cyrano de Bergerac, — ó una cantidad tal de bellezas en el drama del poeta catalán — himno de gratitud á la tierra que pan y amor nos ofrece — que no pasen á amenguarse ni las caricias del tiempo, ni el raro capricho de los públicos — tornadizos como veleta, — ni los estragos enormes que en su estructura hacen una y otra noche, aquí y en todas partes, los malos cómicos y las peores compañías. Algo de una y otra cosa hay, á mi juicio, en el éxito que la referida obra ha alcanzado y alcanza entre nosotros. Cyrano, y los que le imitan teatralmente, — y el capitán de Marquina imita más de una y de dos veces, en las exaltaciones como en los desfallecimientos, al verso del magnífico poema de Rostand — llevan en su espíritu de aventuras, en sus almas generosas y en sus audaces guerras — tres grandes ideales que ya no son de estos tiempos — el secreto de la simpatía que inspiran y de los entusiasmos que levantan. Heroica es la figura del capitán de los tercios de Flandes, que en Flandes encuentra abiertas de par en par las puertas de la dicha y en Flandes el manantial fecundo de sus desventuras de hombre y de sus malandanzas de soldado, heroicos los versos que cantan, en cantos que acaban como un susurro, que vibran como metales, que estallan como tormentas y que rugen como furias, glorias de una nación que fué tan grande en sus triunfos como en sus derrotas, y que ha conservado de su pasado poderío, como herencia inextinguible de una raza fuerte é indomable, la hidalguía en los precederes, la altivez en el espíritu, la fuerza en el músculo y la generosidad en el alma. No es, sin embargo, la obra de Marquina inferior á "Donna María la Brava" — un símbolo perfecto de lo que fué España en tiempos ya remotos. Hay más lirismo que sinceridad en las soberbias frases que de continuo pronuncia el intrépido capitán Acuña y más velación que vehemencia en su cariño por la hija de Juan Pablo y en su respeto por los esplendores de la patria. El conflicto que el azar, las circunstancias, ó el destino levanta en su conciencia de hombre y de guerrero — conflicto de amor y de deber — es quizás lo más bello de la obra de Marquina, y es

quizás, también, lo más frágil. Grande es la figura del capitán español cuando, acosado por dos sentimientos iguales, — el del esposo y el del soldado — sacrifica el amor al deber, la esposa á la espada, el hogar placidamente feliz á las vicisitudes de la guerra. Pero esa grandeza, más objetiva que subjetiva, puesto que está más en las palabras que en las acciones, decae lamentablemente al final de la obra, en que toda la altivez del soldado, todo el entusiasmo del luchador, todo el coraje del guerrero se diluyen lentamente, como las horas de un ocaso flamenco, abatidos por la derrota, dominados por la melancolía vencidos por el amor... Aquél su afán extremo, fingido ó sincero, que comunica á Juan Pablo, se retratase caballero en su corcel de combate, la frente muy cerca de las nubes, el brazo extendido hacia el mundo, en gesto dominador, y las patas del noble bruto humillando el polvo de cien batallas, no armoniza con la postración de su espíritu y el acomodamiento de su materia. Lo épico de la figura desaparece y la soberbia del símbolo se derrumba. No perjudica esto, sin embargo, al éxito de la obra. Sobran en ella bellezas de forma, que la sostienen y la conducen fácilmente á la cumbre del éxito. Y sobran los versos magníficos, las imágenes brillantes, los conceptos giavados, regocijo del entendimiento, halago del oído y goce inefable del espíritu. Como en Cyrano, la música de "En Flandes se ha puesto el sol" salva las situaciones débiles y las magníficas extraordinariamente, haciendo olvidar la fragilidad de ciertos caracteres y la falta de color de algunos episodios. A la compañía Villagómez se le debe, en muchísima parte, el éxito brillante obtenido anoche por el ilustre poeta catalán. Con un gran respeto por la obra y por su autor, los artistas que interpretaron "En Flandes se ha puesto el sol" pusieron á contribución su talento, su buena voluntad y su cariño por el arte. Un conjunto admirable y una dirección escénica de primer orden. A la Ferri se la admiró y se la aplaudió por su dirección impecable y por su dominio del papel de "Magdalena" y á Villagómez por la entereza y corrección con que encarnó la complicada figura del capitán español. El romance de guerra, que dijo la Ferri de manera suavemente estupenda, arranca una ovación prolongada, que se repitió muchas veces al término de cada acto y obligó á los artistas á adelantarse repetidas veces también á las candilejas para recibir el homenaje que en su obsequio y en el del autor, desgranaba el público entusiasmado.... Fue justicia.